

REVISTA

Gaumont

L. Gaumont Barcelona

Dirección telegráfica y telefónica:

CRONO



PASEO DE GRACIA, 66

Teléfono, 2991

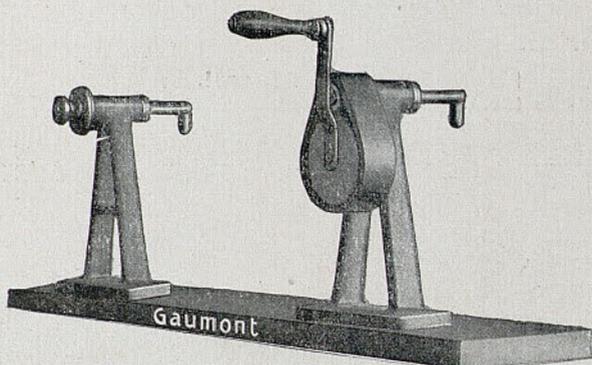
Sucursales { MADRID, Fúcar, 22, pral.
BILBAO, Colón de Larreátegui, 15 y 17.

UNA ESCENA DE LA PRECIOSA PELÍCULA DRAMÁTICA



LA INTRUSA

El bobinador
más práctico
es sin duda alguna



El Bobinador Doble
TIPO
Gaumont

Variedad del Programa Gaumont n.º 4 D.

Cinematografía en color Gaumont

N.º 4110

COMEDIA

CARTEL 2'20×150

EL LANGOSTINO

Largo 323. Color 264, Viraje, 12.-Palabra telegráfica: «HOMARD»

N.º 4113

PANORÁMICA

De San Pablo a Entrevaux

Largo: 93 metros.-Color 88.-Palabra telegráfica: «PAULENT»

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metros en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
Lintru	4108	Dramática La Intrusa	833	709	Cartel 2'20×1'50	9
Lainemie	4115	Dramática La Enemiga	264	226	Ampliación.	20
Prenom	4111	Comedia El nombre del chiquillo . . .	225	197		23
Chacegar	4072	Comedia Terreno vedado	159	131		25
Onecostu	4109	Cómica SERIE DE D. PICORETE Desvario de Sastre	194	163	Ampliación.	27
Boule	4114	Documentaria La Escuela «Boule»	151	116		31
ACTUALIDADES Gaumont Actualidades N.º 4 Cuarto Año						

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.

PROGRAMA N.º 4 D.

Cinematografía en color

Gaumont

COMEDIA

EL LANGOSTINO

Una amartelada pareja de recién casados habían escogido como nido de sus primeros arrullos un tranquilo y pintoresco pueblecillo de la costa bretona.

El se llamaba León, ella Susana. Los dos se querían con un amor rayano en idolatría y no desperdiciaban ocasión de decírselo en sus interminables paseos al claro de luna por la poética playa armoricana, al rumor rítmico y plañidero de las olas.

Mas a veces el carácter, algo caprichoso de ella cortaba la dulce monotonía de su idilio, y provocaba, la aparición en el cielo de su dicha, de nubecillas enfadosas que por lo demás tardaban muy poco en disiparse.

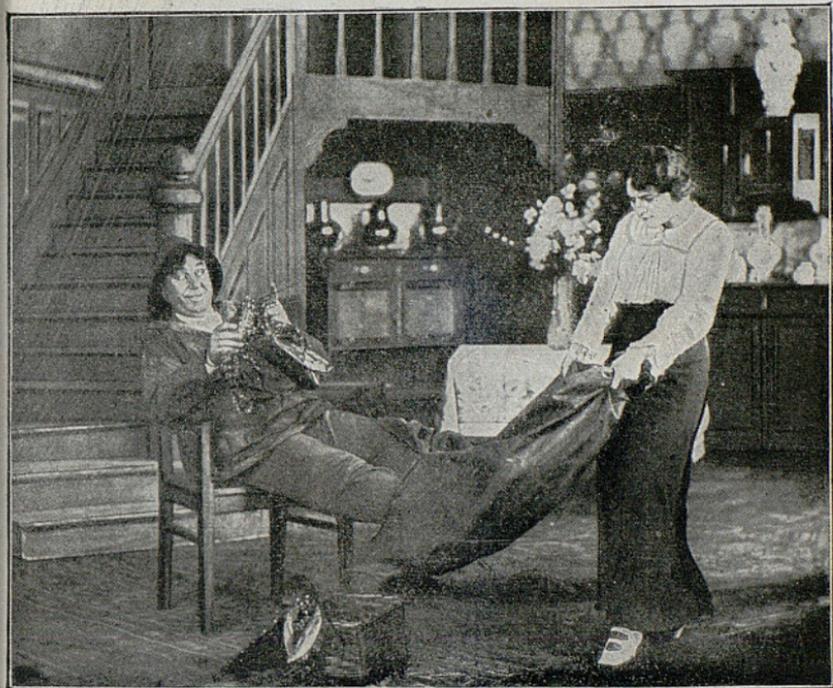
Un día al atardecer, de regreso de un paseo por la playa, sintió Susana vehementes deseos de comer langostino. Acercóse su marido a un pescador que llevaba en un cesto varios de esos crustáceos y le propuso que le vendiera uno de ellos. El lobo de mar, ladino y rapaz quiso hacer un buen negocio y pidió por el animalito un precio exagerado. León regateó como un héroe: el otro no cejó y mantuvo su pretensión y el resultado definitivo fué que Susana aquel día se quedó con las ganas de comer langostino.

Esto, como es justo, dió origen a una escena borrascosa entre los dos esposos. Ella reprochaba a él su tacañería; él lamentaba que el hado hubiera puesto en su camino a una mujer tan caprichosa.

L. Gaumont

Aquella vez el enfado de Susana era serio. Pasó una hora, dos, tres, sin que su rostro fosco se serenara. León no sabía lo que hacer, y desesperado, maldecía la hora en que llevó a su mujercita a la playa a asistir al regreso de los pescadores.

—¡Vamos!—le dijo al fin.—No me pongas ese hociquito... voy al



Mientras ella le quitaba el traje, chorreando agua...

mar ahora mismo a pescar langostinos para tí... Voy a echarme al mar a domeñar sus furoros y arrancar a su seno todos los crustáceos que encierre...

Estas palabras y sobre todo el tono con que las pronunció hicieron desaparecer en parte el mohín de disgusto de Susana. Enarcando las cejas preguntó:

—Irás al mar... tú... tú...

—Sí, Susana, yo mismo. Te lo prometo.

—¿Serás capaz? ¡Ah, León, que bueno eres! ¡que valiente... Ven que te abrace...

Los dos esposos se abrazaron. León se puso el sombrero y después de una despedida conmovedora se encaminó a la playa.

L. Gaumont

Allí, ante el mar enfurruñado reflexionó. Y sus reflexiones le hicieron ver cuan temerario había sido haciendo a su mujercita una promesa de tal enormidad, sabiendo lo moderados que eran sus entusiasmos por el mar.

Se alejó de la playa y rebuscando en su mente halló un plan magnífico que conciliaba perfectamente el capricho de su mujercita con su integridad física. Se dirigió a la vivienda del tío Cachalote, que ya le había prestado en otras ocasiones lijeros servicios, y no hallándole en ella, dejóle escritas en un papel algunas instrucciones.

Cuando vuelva de la pesca esta noche, apárteme cuatro o cinco langostinos vivitos y coleando y un traje de pescador; yo pasaré a recoger todo eso por la madrugada. — Don León.

Hecho esto entró en el pueblo y pasó la noche agradablemente en un Cinematógrafo gozando lo indecible con las aventuras de los Calinosy demás Picorettes.

* * *

La tempestad se enseñoreó en el mar bien entrada la noche y llevó el desasosiego a más de una vivienda del lugar y particularmente a una que no era de pescadores.

En efecto, Susana, inconsolable, contemplaba desde su ventana el mar encolerizado y escuchaba los bramidos del viento.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Virgen santa!.. invocaba doliente.—¡Protejed a mi marido!

* * *

León salió del cinematógrafo muy tarde. Dió un paseo por la playa, fumó varios cigarrillos y se dirigió cuando comenzaba a despuntar el día a la barraca del tío Cachalote. Este había vuelto ya de la pesca y le hizo entregar por su mujer los cinco langostinos convenidos y su traje de hule, chorreando agua.

* * *

Susana que no había pegado los ojos en toda la noche pensando en su marido y su temeraria empresa, oyó a la madrugada que llamaban a la puerta.

Fué a abrir, saltándole el corazón dentro del pecho.—¡Cielos! ¡es él! —gritó loca de alegría abrazando a un ser empapado en agua, chorreante, en un estado que daba compasión verle.—¡Gracias, Dios mío, gracias! —prosiguió elevando al cielo su mirada reconocida.

Luego de prodigarle tiernas caricias, lo acostó, como se acostaba a un niño, lo cubrió con varias mantas e infinidad de edredones y dióle a beber tisanas e infusiones calientes.

El bribonazo refa so capa y se dejaba mimar y compadecer por su

L. Gaumont

mujercita, sin pensar que la justicia inmanente le acecha y que la hora del castigo iba a sonar en breve para él!

* * *

Mientras Susana atareada iba de la cocina a la alcoba, preparando mescolanzas y menjurges incoloros, sonaron varios aldabonazos en la puer-



Y que linda estaba Susana con el traje de baño

ta que daba a la calle. Susana sorprendida fué a abrir. Era el tío Cachalote que venía en busca de su traje y de su cesto.

—¡Qué tiempesito, tío Cachalote!— dijo Susana.

—No ha sido malejo, señora... Al mar se le hinchan a menudo las narices, por esta época...

—Y el señorito, que tal se ha portado?— tornó a preguntar ella.

—¿El señorito?— interrogó el viejo lobo asombrado.

—Sí, el señorito León... ¿No estaba acaso con V.?

—Jamás de los jamases... Ni siquiera le he visto... Solo me dejó cuatro palabras para que le vendiera unos langostinos y le prestara mi traje.

—¡Ah, infame...— exclamó Susana rechinando los dientes y dirigiendo su puño amenazador a la alcoba en donde estaba el fingido enfermo.

El tío Chacalote se fué, no sin entregar antes a Susana un recibo que decía:

Recibo de D. León veinticinco pesetas por averle bendido langostinos y averle prestado un traje de pescador.—Cachalote.

Susana corrió como una fiera en busca de su marido y le mostró con mirada irritada el documento revelador.



Mas un langostino fué también la causa de la reconciliación

L. Gaumont

—Miserable embustero... Infame... ¿En dónde has pasado la noche?..
Está decidido, en cuanto volvamos a París divorciamos

—Pero, nenita, voy a explicarte...

—¡Basta! desde ahora es usted un extraño para mí... No volverá usted a oír más el sonido de mi voz.

Y para el desgraciado León comenzó una rigurosa cuarentena.

* * *

Susana salía sola, comía sola, se bañaba sola.

León veíase obligado a seguir el retozar náutico de la encantadora bañista con los gemelos.

Y qué linda, qué irresistible estaba Susana con el traje de baño!

León se arrancaba por la centésima vez sus cabellos, maldiciendo su invención que había echado por tierra su felicidad, y renegando de la humanidad en general y de los langostinos en particular.

Mas un langostino fué también la causa de la reconciliación, un langostino imprudente e indiscreto que se agarró con una tenacidad enfadosa a un lugar de los más carnosos del retrechero cuerpo de la bañista. León, al ver crisparse de dolor el rostro de su mujercita corrió en su auxilio y la libró de las pinzas del culpable.

Y ante el imprudente crustáceo, hábilmente aderezado, rubricaron y firmaron los esposos, aquella misma noche, su reconciliación.

Cinematografía en color Gaumont

Panorámica

EN LOS ALPES FRANCESES

De San Pablo a Entrevaux (Bajos Alpes)

En el Lago de Hallos

Esta película tomada sobre la nueva carretera de los Alpes, nos hace efectuar uno de los mas bonitos y mas pintorescos viajes en los Bajos Alpes. De San Pablo, al Norte de Barcelonnette hasta Entrevaux, vemos algunas aldeas pintorescas antes de llegar a Puget-Theniers.

L. Gaumont.

Vemos después las gargantas del Ubaye, de salvaje hermosura, luego el Paso del Reyssole, en el cual pueden encontrar los turistas parajes sorprendentes.

La carretera bordea también el Cuello de Allos, muy conocido de los excursionistas que frecuentan esta hermosa región de los Alpes Franceses.

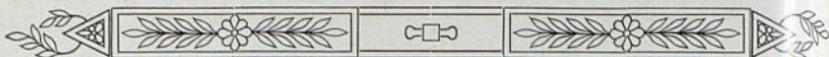
El viaje se desenvuelve en medio de las maravillas de la naturaleza y con rapidez llegamos a Entrevaux, después de haber atravesado el Puente Guedan, construido recientemente por la Compañía de Ferrocarriles del Sud.



Las obras maestras de la Cinematografía



LA INTRUSA



LA INTRUSA

Drama



La acaudalada propietaria, Doña Juana de Sorel vive sola y sin afecciones en su suntuoso domicilio de la calle Lafitte, pensando sin cesar en su hijo Gustavo que diez años atrás le había abandonado por pecadillos de juventud, para marcharse a América. No había recibido desde entonces del fugitivo noticia alguna y la idea de que hubiera muerto, lejos de ella, sin saberlo, le perseguía y torturaba su espíritu sin cesar.

Fué pues para ella un día feliz y doloroso al

mismo tiempo el en que recibió la carta siguiente:

Querida madre: No me he atrevido a escribirte desde que, a causa de aquel asunto doloroso que no quiero nombrar, me vine a América, hace ya de ello diez años. Mamá, si en falta grave incurri muy cruelmente la he expiado!

Hoy vencido, enfermo, casi moribundo imploro tu perdón. Casado y padre de una niña que tiene ahora 6 años, te ruego nos des hospitalidad en tu casa.

Y si muriera lejos de tí me siento tan enfermo, mamá querida! suplicote abras la puerta de tu casa a mi mujer y a mi hija.

Te abrazo, mamá, muy fuerte, como antes, tu hijo. - Gustavo Sorel. 426, Gibson City, Nueva York.

L. Gaumont

La anciana besó fervorosa y regó con sus lágrimas el papel que le venía de su hijo querido, y se apresuró a transmitir el telegrama siguiente:

Gustavo Sorel. Gibson City 426. Nueva York,
Venid enseguida los tres. Os abrazo. — Juana de Sorel.

* * *

Desgraciadamente la muerte consumó su obra destructora antes de



que llegara el perdón de la madre. La viuda de Gustavo tomó pasaje con su hija Jenny, una deliciosa niña de siete años, a bordo de un trasatlántico que hacía rumbo a Francia.

Lucy de Sorel trabó conocimiento, durante la travesía, con una pareja al parecer marido y mujer, que se interesó mucho por ella y su pequeña, prodigándoles toda suerte de atenciones y cuidados. Aquella gente, aventureros de la peor especie, supo bien pronto captarse las simpatías de la viajera, en quien adivinaban una buena presa.

Lucy, ingénuo y confiada, contó a sus compañeros de viaje su vida de reveses e infortunios, mostróle los documentos que habían de servir para su identidad, documentos preciosos que guardaba cuidadosamente en un maletín de cuero rojo que no le abandonaba un instante, y les ponderó la riqueza de la madre de su difunto marido, en cuya casa iban a deslizarse en lo sucesivo, felices sus días.

L. Gaumont

Augusto Mario, que así se llamaba el aventurero puso en seguida en comunicación con Francia por medio de la telegrafía sin hilos, lo que trajo por consecuencia el que la viuda, al desembarcar en El Havre recibiera una inesperada noticia, que le hizo el efecto de un rayo que cayera a sus pies. Un telegrama, recibido en el instante mismo de poner los pies en tierra le comunicaba, en efecto, lo siguiente:

Inútil que se presenten en casa. He mudado idea. No les conozco ni quiero conocerles.—Juana de Sorel.

—¡No... no! ¡es imposible!—exclamó la joven viuda, intensamente pálida...—¡Es espantoso!... ¡Mi pobre hija!... Pero no importa, iré a casa de mi suegra, le suplicaré, le...

—Es inútil, hija mía—le interrumpió con acento maternal la aventurera.—Daría usted un paso inútil... Venga con nosotros a Barjonville, cerca de aquí, a una casa de huéspedes de unos amigos nuestros. Allí podrá usted aguardar tranquilamente los acontecimientos.

La desdichada, desamparada, sin voluntad se dejó arrastrar por los aventureros.

Otra sorpresa dolorosa le aguardaba al llegar a la casa de huéspedes. Su saquillo de cuero rojo, con todos sus preciosos documentos y retratos había desaparecido! En vano lo buscó por todos los rincones de la habitación en donde los aventureros la habían alojado. Estos la consolaron hipócritamente y le prometieron no abandonarla...

* * *

Entre tanto la pobre madre sorprendida inquieta del silencio de su hijo, esperaba en vano su regreso, cuando una tarde llegó a su casa una mujer de luto riguroso, solicitando verla. Era la aventurera que llevaba a ejecución su atrevido plan.

—A quien anunciaré, señora?—preguntó la camarera.

—Señora Lucy de Sorel!

La anciana oyó este nombre desde su habitación y corrió al recibidor. Detúvose al ver sola la imponente figura de la viuda,

—Cómo? Sola?

La aventurera rompió a llorar y con voz entrecortada por los sollozos contó a la pobre madre la muerte de Gustavo y de su hija días antes de partir para Europa.

Las dos mujeres confundieron sus sollozos. La aventurera, mostró a la anciana los retratos de su hijo y de su nieta, sus pasaportes y todos los documentos en fin que había robado a la desdichada viuda.

—Ay! que va a ser de mí!—suspiró la miserable, haciendo al cielo testigo de su infortunio.

Doña Juana, en un transporte maternal, la apretó conmovida contra su pecho.

L. Gaumont

—Puesto que es usted la mujer de mi querido hijo Gustavo, que tanto hubiera querido abrazar, aquí tiene usted una casa y una madre... Nuestros pechos que sienten una misma aflicción hablarán de él...!

Y he aquí como la intrusa ocupó un sitio usurpado en el corazón y en la casa de Doña Juana de Sorel.



La aventurera mostró a la anciana los retratos de su hijo...

Allá abajo, en El Havre lloraba la pobre madre su vida devastada por tan sucesivas borrascas

Una tarde Augusto-Maria, que le había prometido ocuparse activamente de buscarle una colocación entró en su habitación a comunicarle una grata nueva. Había recibido de uno de sus amigos la carta siguiente:

Tengo excelente empleo de institutriz. Trescientos pesos mensuales en rica familia de Buenos Aires. Envíe allá a la persona de quien me habló usted estos últimos días.

—Ah! que felicidad! Gracias, caballero, gracias,—exclamó la joven viuda estrechando calurosamente las manos del infame. Me llevo a mi hija, no es eso?

L. Gaumont

—No, es imposible. La cláusula es muy formal sobre ese punto.

Después de larga vacilación, Lucy resolvió dejar a su hija en la pensión y partir para ultramar a ganar su pobre vida y la de su pequeña.

No era ella la única que salía de Europa con destino a las lejanas tierras americanas. Cinco jóvenes llegaban poco después a la casa de



huéspedes, para embarcarse con ella para América, a donde iban colocadas también ventajosamente.

Decididamente era aquella casa de huéspedes, una casa bien extraña!

Antes de dejar a su hija, quizás para largo tiempo, la viuda entregó a Jenny un papel escrito cuyas palabras le leyó lentamente, como si quisiera inculcarlas bien profundamente en la cabecita de la niña.

—Aprende estas señas de memoria—decía aquel papel:

Doña Faana de Sorel, Calle Laffite 165. Son las señas de tu abuelita. Si te ves muy desgraciada trata de verla y de hablarle. Es imposible que rechace a su nieta.

Y después de un postrer beso, en el que puso toda su alma, despidióse Lucy de Sorel de su hija llorosa, y se alejó con sus compañeras de viaje al embarcadero del Havre.

L. Gaumont

Momentos después de su salida, el patrón de la casa de huéspedes se llevaba brutalmente a la niña a la estación, y la conducía a París. Allí en uno de los barrios extramuros entregó el infame la niña a un explotador de mendicidad, cobrando por la «operación» ruín estipendio. Desem-



Augusto vióse interpelado por un agente de la policía secreta...

barazado de este modo de la niña cojió el primer tren y regresó al Havre aquella misma noche.

* * *

En el momento de embarcar a las mujeres Augusto vióse interpelado por un agente de policía secreta, a quien antojándosele extraño que aquel filántropo colocase a tantas institutrices en Buenos Aires, condujole con su lindo rebaño a la Comisaría, para que allí explicara su altruista conducta. La mala suerte del rufián quiso que en la Comisaría se hallase un inspector que conocía muy bien sus hechos y sus pasos, y no tuvo más remedio que confesar su verdadera identidad.

Encarcelósele sin tardar, pues era aún deudor a la justicia de una cuentecilla atrasada, y dióse libertad a las pobres mujeres. Lucy contó entonces al Comisario su triste historia, y este comprendió que había sido

L. Gaumont

víctima de los criminales maquinaciones del bandido y de su compañera, y le recomendó se trasladara sin perder un momento a París.

La madre, temiendo por su hija regresó apresuradamente a la prisión, más no estaba ya en ella la niña.



...no tuvo más remedio que confesar su identidad...

Aquella misma noche la patrona de la casa de huéspedes y su amigo denunciados por Lucy tomaban el camino de la Comisaría y confesaban cínicamente haber «alquilado» a Jenny a un mendigo de París, cuyo nombre y señas dieron con la mayor gentileza.

Lucy de Sorel, acongojada, salió aquella misma noche para París acompañada del inspector que detuvo al miserable bandido.

* * *

La intrusa triunfaba.

La miserable se captó por completo la confianza de Doña Juana, por su celo hipócrita, y consiguió hacerse dar un poder general para la gerencia de su fortuna.

* * *

Harta de golpes y de miseria, la pequeña Jenny se acordó de la recomendación suprema de su madre, evadióse del infecto tugurio en que

L. Gaumont

habitaban sus explotadores y se fué en busca del domicilio de su abuelita.

Perdida en el enorme París no hubiera llegado nunca al fin de su viaje si un milagroso azar no hubiera puesto en su camino a un transeunte cuyo rostro simpático, le inspiró confianza y le impulsó a preguntarle.

—Por favor, caballero, quiere usted decirme donde se encuentra la calle Laffite... Allí vive abuelita.

El transeunte sorprendido de que tan andrajosa pordiosera tuviera parientes en un barrio de lujo y de riqueza, la miró fijamente. Su examen le persuadió de que la niña no mentía, y apiadada de su misera vestimenta, y de su aspecto tan desgraciado, la condujo cogida de la mano en la dirección que aquella le diera.

Aquella misma tarde la madre de Jenny, acompañada del inspector se presentaba en el infecto barracón que servía de refugio al mendigo explotador de niños.

Allí supieron por boca de un compañero de infortunio de la pobre Jenny, que esta, cansada de recibir golpes se había escapado.

Desesperada volvió la viuda con los inspectores a la Comisaría, para anunciar al magistrado que sus pasos habían sido infructuosos.

Un caballero muy correcto, decorado, llevando cogida de la mano a una sórdida mendiguilla se presentó a la Señora de Sorel y a sus preguntas le entregó su tarjeta: Pedro Gillin, Juez en el Tribunal Civil del Departamento del Sena—ponía aquella.

Doña Juana se inclinó ceremonícamente. El magistrado, en breves palabras contóle la extraña aventura que acababa de sucederle. La anciana creyó soñar.

—Te equivocas, monina—dijo dirigiéndose cariñosamente a la pequeña.—Yo tenía una nietecita, pero ha muerto.

—No he muerto, abuela, puesto que estoy aquí.

—Pero, niña, si no soy yo tu abuela.

—Si que eres mi abuela—contestóle la mendiguilla elevando hacia ella sus ojos empañados en lágrimas...—No eres Doña Juana de Sorel, de la calle Laffitte..

La anciana tornóse pálida de repente. Aquel parecido extraordinario con su Gustavo cuando era niño... un aire de familia, actitudes... voz!.. Pero pronto iba a salir de dudas. Tenía un retrato de Jenny.

Fué a buscarlo y vino con él corriendo.

—Ah! Dios mfo! exclamó al ver disipada la última duda. Y levanta

L. Gaumont

tando del suelo a la niña la estrujó frenética contra su pecho, cubriendo de besos su rubia y sedosa cabellera.

Después de las primeras efusiones, dirigióse temblorosa al señor Gillin.



Está usted segura de haber perdido a su hija?

—Qué piensa usted de todo esto?—le dijo.

—Pienso que el azar nos ha permitido impedir un gran crimen... solo nos resta castigar a los culpables.

Oyóse en este momento el ruido de una puerta al cerrarse, y unos pasos que se acercaban. Era la intrusa!

—Escóndete ahí, dijo el juez empujando a Jenny tras un canapé.

La miserable entró en la estancia. El Señor Gillin la preguntó bruscamente si estaba segura de que era Lucy de Sorel. Palideció intensamente, mas respondió reprimiendo su emoción con la frente erguida.

—Está usted segura—prosiguió implacable el Juez—de haber perdido a su hija.

—Cómo... si estoy segura...? ha muerto, sí, ay de mí!

L. Gaumont

—Entonces va a tener usted una alegría muy grande, señora, pues aquí la tiene viva y buena!

La intrusa, sintiéndose perdida quiso huir. Mas el magistrado la detuvo, y la condujo en un coche a la Comisaría.



Allí de nuevo quiso negar la miserable, más la entrada de la viuda, de vuelta de su infructuosa expedición, cortó las palabras de su boca.

—Mamá! no llores mas, aquí estoy!

Era su hija, que acababa de entrar en el despacho del Comisario con su abuelita.

Arrastraron a dentro a la horrible mujer, y un abrazo reunió a las dos mujeres y a la niña, que el destino quiso al fin reunir.





LA ENEMIGA



Dramática

El pintor Ramiro de Velarde podía considerarse un privilegiado de la experiencia. Sus lienzos tenían éxito, iba a ser decorado y estaba a punto de contraer matrimonio con la mujer amada, una joven divorciada de gran belleza llamada Andrea de Vargas.

Aproximábase la fecha del casamiento y parecía que no había de venir nada a turbar la serenidad de su vida, cuando recibió la carta siguiente:

Mi querido hermano:

Mi mala suerte no ha cesado de perseguirme en América. Mis experimentos sobre los explosivos han fracasado... No tengo dinero... Búscame un empleo de ingeniero. No me abandones, Ramiro!
Mauricio.

El pintor, preocupado, se abismó en una profunda meditación. Le sacó súbitamente de ella la entrada inopinada de Andrea, que al ver una carta en su mano, se la arrancó bruscamente, a impulsos de los celos.

Al enterarse del triste relato de desgracias dobló la cabeza y devolvió la carta a su novio: —Es preciso que hagas algo por tu hermano—dijole en voz baja.

El asintió y escribió una carta a su hermano, llamándole a su lado y facilitándole los medios necesarios para el viaje.



Mauricio, el hermano del pintor, llegaba algunos días después. Ramiro hizo montar junto a su estudio un laboratorio, para que en él pudiera proseguir sus experimentos sobre los explosivos.

Poco a poco fué olvidando Mauricio, en el nuevo hogar creado por la generosidad de su hermano, su vida pasada de desgracias y pudo al fin mirar bien en frente su porvenir.

Andrea, a quien su próximo enlace y su misma posición independiente daban una libertad grande, la aprovechaba para ir con frecuencia al estudio de su novio y conversar, cuando este no se hallaba en él con Mauricio, su futuro cuñado.

Esta amistad convirtióse, corriendo los días, en un sentimiento de muy distinta índole, contra el cual luchó, en vano, Mauricio. Incapaz éste de resistir a la atracción diabólica de la coqueta, fué resbalando insensiblemente por la pendiente de su culpable amor.

L. Gaumont



Una noche de reunión en casa de Andrea, Ramiro sorprendió una conversación misteriosa entre su hermano y su novia. Ruido por los celos mas atroces los vigiló estrechamente y no tardó en ver, al entrar rápidamente en la estancia en donde la pareja se había refugiado, a su novia en los brazos de su hermano.



... fué resbalando insensiblemente por la pendiente de su culpable amor

Los dos hermanos se midieron un instante con la vista, retadores, el uno indignado de la traición: el otro humillado de que le hubieran sorprendido. Andrea se interpuso y evitó que llegaran a las manos.

Ramiro gritó a su hermano, en su cara, su felonía y loco de dolor salió a la calle, y se dirigió a casa de su madre.

Mauricio, pasado el primer instante de estupor, reaccionó. Y halló su conducta tan vergonzosa, tan inícuca, que desprendiéndose de los brazos de la fascinadoras, cuyas caricias se le antojaban ya infames, se fué de su casa en dirección a la de su madre.

L. Gaumont

* * *

Ramiro llegó a casa de su madre con los vestidos en desorden, la corbata deshecha, extenuado, sin poder articular a penas las palabras.

Quiso hablarla, clamarle la traición de su propio hijo, mas de repente se volvió atrás y salió apresuradamente, murmurando: --No, no puedo mezclar a mi madre en estos asuntos...

Su madre, inquieta, temiendo una catástrofe se puso precipitadamente una toquilla y se lanzó en seguimiento de su hijo, que ante ella bamboleante como un borracho, caminaba en dirección a su casa.

* * *

Entretanto Mauricio, en la casa de su hermano, hacía calenturientos preparativos de marcha. Había comprendido su locura... Aquella mujer sólo obraba impulsada por su instinto de coqueta. Su falta aparecía en sus ojos imperdonable, monstruosa... Había tomado su partido... No podía vivir al lado de su hermano, cuya confianza tan cruelmente había traicionado.

Antes de cerrar la maleta garabateó apresuradamente estas palabras:

Perdóname hermano... Me voy... Olvida mi locura y mi traición... No existe entre ella y yo nada irreparable... te lo juro por mi honor. Puedes amarla!

Metióse la carta en el bolsillo. Recogió los tubitos de experimentos y los fué ordenando dentro de un maletín de mano. De pronto uno de ellos estalló en su mano. Una intensa llamarada, una detonación y el infeliz bramando de dolor, cayó al suelo...

Casi al mismo tiempo entraron en la estancia Ramiro y su madre, seguidos a pocos pasos de distancia por Andrea.

La madre, enloquecida de dolor se arrojó sobre el cuerpo exánime de su hijo.

--Asesino! murmuró una voz apagada encima de ella. Levantó la vista y vió a Andrea mirando con fijeza terrible a Ramiro, anonadado.

Asesino!... Una horrible sospecha atravesó por la mente de la pobre madre. Que iba a hacer a su casa Ramiro momentos antes? Porqué aquel desorden en sus vestidos, aquel rostro devastado...?

Retrocedió espantada...

Mas de repente Mauricio volvió en sí, y se incorporó con trabajo. El accidente no era mortal... Solo le había sofocado el gas de la explosión...

Su primer pensamiento fué hacerse perdonar por su hermano.

--Ten, lee la carta que te escribía cuando...

Ramiro, conmovido, apretó a su hermano contra su pecho.

--Te debo algo todavía, articuló Mauricio con trabajo. Y apoderán-

L. Gaumont

dose de la mano desfalleciente de Andrea, trató de juntarla con la de su hermano. Iban las dos manos a estrecharse, cuando intervino súbitamente la madre.

—Salga de aquí! gritó con la mirada centelleante a la coqueta... Váyase a llevar a otros lugares sus perfidias.

Y mientras que la enemiga salía con la frente arrebolada de vergüenza e indignación, juntó la madre contra su pecho las cabezas de sus hijos, y besó, fervorosa, sus cabellos...



El nombre del chiquillo



Comedia

El advenimiento al hogar hasta entonces apacible del matrimonio Losada de un robusto chiquillo dió origen a un conflicto terrible. El del nombre que había de ponersele.

El papá obtaba por el de Pedro. La mamá, escandalizada de que el hijo de sus entrañas llevara nombre tan horripilante, se opuso a él, secundada por su madre, y propuso el más armonioso de Pablo. La intromisión de la suegra en tan delicado asunto hizo llevar al paroxismo la cólera del marido.

Así estaban las cosas cuando llegó a la quinta en donde habitaban los esposos desavenidos el tío de él, Anacleto, que al saber el nacimiento del chiquillo no había vacilado en desertar de su tranquila casa, sita en un apartado pueblucho.

Trató el hombre, con más buena voluntad que fortuna, de poner paz en aquel hogar devastado. Mas todos sus intentos y esfuerzos se estrellaron contra la intransigencia de los dos esposos, ninguno de ellos dispuesto a dar su brazo a torcer.

Llegó la noche, sin que el conflicto se hubiera resuelto y el tío Anacleto fué a acostarse, confiando en que, consultado el caso con su almohada, esta le señalara la solución de tan espinoso asunto.

En efecto a la mañana siguiente Anacleto tenía un plan que se apresuraba a poner en ejecución.

Escribió una carta en la que notificaba su intención de dejar su fortuna al hijo de su sobrina, con la condición de que llevara su nombre, la firmó y rubricó y la dejó abierta encima de la mesa de Losada.

Luego fué a esconderse en el jardín.

Losada se enteraba momentos después de la carta de su tío, dió a

L. Gaumont

este «in mente» gracias infinitas por sus buenas disposiciones y llegándose de puntillas hasta la habitación en donde, en alba cunita dormía su hijo prendió la carta en el mosquitero, en sitio bien visible.

Hecho esto se fué al jardín, a esperar los acontecimientos.



Su mujer y suegra entraban instantes después a ver al niño y daban con la epístola del tío Anacleto.

La esposa de Losada hizo algunos reparos. Era tan feo y vulgarote aquel nombre...! Pero su mamá, de espíritu mas positivista, insinuó que aquel nombre, con 10.000 duros de renta era lo mas distinguido y aristocrático que darse pudiera.

Su hija se rindió a tan atinado argumento, mas objetó que quizás su marido no consentiría en ello ..

Resolvieron ir a consultar el caso con él. Halláronle en el jardín, hundido en un butacón de mimbre, fingiendo una iracundia y mal humor que estaba muy lejos de sentir su pecho henchido de alegría.

Cambiáronse de una a otra parte miradas irritadas, palabras agrrias... Mas comprendiendo de repente ambos que adoptando el nombre de Anacleto, no cedía el uno al otro, lo adoptaron regocijados de común acuerdo y confundieron sus cuerpos en un apretado abrazo, que dió al traste con sus rencores y enfados de un instante.



Terreno vedado



Comedia

Al atardecer, mientras los gomosos liban polícromas mixturas en la terraza del Café de la Paz y asestan a las lindas paseantes miradas asesinas, sale de los talleres cercanos el alegre y zumbante enjambre de modistillas.

El Vizconde de Torta Ajada, uno de dichos gomosos, que por nada del mundo hubiera dejado un día de asistir al gozoso desfile, decidió una vez hacer víctima de su poder «irresistible» a una de aquellas virtudes que se le antojaban quebradizas como el cristal. Su elección recayó en una morenita retrechera, de pie menudo, cuerpo curvilíneo y ojos negros y rasgados, que le asestaron al pasar por delante de él una mirada de deliciosas promesas.

Levantóse rápidamente de su asiento, engastó en su orbita derecha el reluciente monóculo y se puso a seguir a la gentil modistilla.

—Olé! niña,—díjole a manera de préambulo. Tiene usted mas curvas que un álbum geométrico... Por uste, chiquilla, me haría Armenio, «armenio» que usté quiera otra cosa...

La modistilla, ante tan perversos y deprimentes piropos apretó el paso, batiendo el asfalto con su taconear breve y nervioso. El prosiguió sus piropos, en la misma lamentable tesitura, sin obtener otro resultado que algunas miradas de soslayo homicidas que le compensaban algo sus esfuerzos imaginativos y le hacían perseverar en tan funesta vía.

Después de media hora de caminó llegó la modistilla y tras de élla su galán, a la plaza de la República. El Vizconde de Torta Ajada no abandonó la partida. Aquellas ojeadas «retrospectivas» que le habían permitido ver el brillo ofuscador de dos ojos como luceros eran para él signo indudable de que su constancia iba a ser recompensada.

La modistilla montó en el secular tranvía que asciende a las alturas de Belleville, tras un recorrido empinado y sinuoso. En él montó también, decidido, el gomoso, recibiendo de paso algunos sofiones y codazos de sus ocupantes, casi sin excepción pertenecientes a la clase mas ínfima de la sociedad.

Otra media hora de camino. El funicular se paró definitivamente en la plaza principal de la populosa barriada. Apeóse entonces de él la modistilla, y después de lanzar otra mirada asesina a su seguidor, se metió por una calleja de sórdido aspecto.

El Vizconde de Torta Ajada, a quien el viaje en el tranvía había

L. Gaumont

malparado un tanto se arregló la corbata, se alisó los cabellos y penetró decidido en la escalerilla por donde se había metido resueltamente la linda modistilla.

Primero, segundo, tercero, cuarto piso. En este una puerta abierta



El Vizcondcito juzgó que había llegado el momento de marcharse,,

Por ella penetró la jóven, por ella se coló de rondón el Vizconde, reflexionando que la audacia es uno de los principales elementos del éxito en las empresas amatorias.

En la habitación, reducida, de limpias paredes enjabelgadas había una mesa y varias sillas. En la mesa una sopera que enviaba al techo los vapores de su jugoso contenido.

La modistilla se quitó el velillo, el sombrero y sin cuidarse del Vizcondcito que junto al quicio de la puerta tomaba alientos gritó: —Currinche!

De una puerta que había en el fondo del comedor salió un hombrón de atezado rostro, en mangas de camisa, mostrando dos brazos velludos y recios...

El Vizcondcito juzgó que había llegado el momento de tomar el portante. Mas Currinche le impidió llevar a cabo su laudable intención, cerrando la puerta. Luego, sin ocuparse de él se sentó con su mujercita a

L. Gaumont

la mesa y puso a abrazarla con una fruición que llenó de pena y de congoja al «irresistible».

Cuando Currinche se hartó de dar besos a su gentil mitad se levantó de la silla, aligeró al Vizconde, muerto de miedo, del peso de su reloj y de otras zarandajas del mismo estilo y lo echó afuera llanamente, completando su ademán con un puntapié en el sitio consagrado a este uso.

El Vizconde de Torta Ajada bajó los cuatro pisos impulsado por dicha fuerza inicial: salió de la casa maldita y se alejó cojeando y tanteándose los riñones calle arriba, jurando y perjurando que no volvería mas a ensayar su poder «irresistible» en virtud tan consistente como la de la graciosa modistilla parisiense.



DESVARIO

Las aventuras de D. Picorete



Drama histórico-cívico-heróico y retrospectivo
en 36 actos y una infinidad de cuadros

INTRODUCCIÓN

Don Picorete ocupa un puesto indefinido en la Sastrería del Teatro de «Perez Oso y C.^a Primero se le había encargado de la confección de justillos, golas y golillas, pero tuvo que desistirse luego de confiarle este trabajo pues los justillos le salían demasiado justillos y en cuanto a las golillas se las fumaba lindamente, con un cinismo escandaloso. Ahora sus funciones consisten en la custodia de la guardarropía y en la conservación y limpieza de los maniqués que la pueblan.

Pero nuestro insigne amigo no está contento. Opina que el barrer el taller y sacudir el polvo a media docena de personajes tristes e inmovibles son menesteres inferiores a sus merecimientos.

Por otra parte dice, y le sobra razón a toneladas, que diez y siete duros al mes limpios de polvo y paja (no pueden decir otro tanto los mustios maniqués confiados a su guardia) es suma harto reducida para dar a su organismo un alimento cotidiano y substancioso.

Por estas y otras causas desatiende lamentablemente sus obligaciones y ello trae por consecuencia infinitas reclamaciones.

Y ahora entramos de lleno en la acción del drama.

Una mañana D. Canuto Perez, el Director de la Sastrería, llama a

L. Gaumont

D. Picorete a su presencia y colérico, con los ojos erizados y los cabellos injectados le da a leer la siguiente misiva:

«Teatro Nacional de San Cadilla». Señor Sastre: Si se obstina usted en entregarme trajes romanos y berberiscos para mis obras renacimiento, el público acabará por notarlos un día y me verá precisado a abstenerme de sus servicios. — El Director del Teatro. — Alejandro Tiquismiquis.

—¿Qué dices a esto, invertebrado?—interroga el iracundo director dirigiendo hacia D. Picorete un puño cerrado, quizás para impedir que entraran en él moscas.

Nuestro héroe por toda respuesta se encoje levemente de hombros. Aquí la cólera de D. Canuto se desata, su brazo se extiende como movido por un resorte y D. Picorete que ha parado el golpe, muy hábilmente por cierto, con su nariz, cae dentro de una cesta de mimbre que a su espalda se hallaba algo así como por casualidad.

Este acto de despotismo da origen al

ACTO PRIMERO

Don Picorete sale trabajosamente de la cesta, en donde la cariñosa manotada de su jefe le ha mandado. Sus ojos brillan con fulgor diabólico, su boca contraída masculla amenazas de exterminio y muerte.

La culpa de todo la tienen esos maniqués, melancólicos e inmortales que ante él ostentan, vanos, las brillantes y abigarradas vestiduras de Don Fernando el Católico, de Clovis Rey de los Francos de Enrique III de Napoleón Bonaparte, del Cardenal Richelieu y de Doña Juana la Loca.

Don Picorete se abalanza a ellos, los escupe, los abofetea, los derriba de irresistibles e impetuosos puñetazos, los patea frénético y sale triunfante, saciada su sed de venganza. En una taberna vecina sacia su otra sed echándose al coleteo una copa de cazalla seco y triplicado.

Este acto de vandalismo tiene por consecuencia inmediata la aparición del

ACTO SEGUNDO

Hecho único en los fastos de la Historia y en los demás fastos. Los personajes célebres insultados, reencarnan de repente dentro de sus trajes respectivos y deciden vengar el ultraje.

Fórmase una comisión y a su frente se pone Napoleón Bonaparte, que tiene cierto ascendiente sobre sus compañeros de infortunio y de celebridad.

L. Gaumont

Resuelven dirigirse primero al director de la Sastrería, al mismo D. Canuto, y así lo hacen sorprendiendo a éste en su despacho ocupado en alinear columnas de números en su Diario. El asombro de D. Canuto es enorme. Se pone a temblar como la hoja en el árbol. Las hojas del Diario le imitan y las columnas de números se vienen abajo...



La Comisión de Hombres Célebres dictamina acerca del castigo

Napoleón se adelanta a él con un ceño arrugado como un higo y le entrega este documento:

C. G. D. P. H.

(Confederación General de Personajes Históricos)

REVINDICACIONES

Poner a Don Picorete de patitas en la calle. Respeto religioso a los trajes. Cepillamiento parcial y total de los mismos dos veces al día.

Fernando el Católico, Clovis Rey de los Francos (siguen las firmas).

Don Canuto, Horrorizado, toma las de Villadiego. Don Picorete que

L. Gaumont

desde un rincón de la estancia había asistido muerto de miedo a esta aparición sobrenatural, trata de hacer lo propio pero Don Fernando el Católico le ataja el paso: nuestro amigo sin respetar su catolicismo lo arrolla huye a través de los corredores de la sastrería acumulando al paso de los perseguidores toda suerte de heteroclitos obstáculos.

Mas gracias a los gemelos de Napoleón, a la sutileza de Richelieu y a los brazos vellosos de Clovis y a la enagenación mental de Doña Juana cae Don Picorete en poder de sus adversarios que lo extienden y lo frotan con engrudo sobre una mesilla.

La Comisión de Hombres Célebres dictamina acerca del castigo que hay que infligir al temerario follón.

Enrique III, rey clemente y piadoso como todo el mundo sabe, se opone a la tortura y propone que se le abra sencillamente en canal. Pero a Don Fernando el Católico repugna la vista de la sangre derramada y habla de una muerte dulce, una muerte que se conseguiría fácilmente hundién-dole clavos de tres pulgadas en todas las partes disponibles de su cuerpo, clavos de hierro evidentemente, pero de hierro dulce.

Mas el criterio de Bonaparte predomina, y todos se adhieren a su proposición, que es la de suprimir a Don Picorete poco a poco, con refinamiento y lentitud.

Así se hace. Mientras Doña Juana la Loca le cuenta cuentos y otros cuentos y le hace cosquillas en la oreja con una pluma de ave, Clovis se esfuerza en aplastar a puñetazos su cavidad torácica. Enrique III en cortarle los callos con un serrucho y el Cardenal de Richelieu se sienta sobre ninguna pretensión en su abdomen. Y el cuerpo de Don Picorete, tras tantos sucesivos choques, va disminuyendo sensiblemente de tamaño hasta alcanzar muy pronto el modesto espesor de una oblea.

Solo queda entera e incólume la cabeza, la cual refleja una expresión de indecible espanto y de repugnancia profunda al verse reducido a la mísera condición de pingajo humano.

En este mismo sentido abunda el Cardenal de Richelieu, ministro tan meticuloso si los hay, el cual plancha el cuerpo de la oblea del cuitado, lo arrolla después cuidadosamente alrededor de la cabeza y va a depositar el bulto en una cesta de mimbre, la misma de donde saliera algunas horas antes para inferirles el insulto.

El gran Napoleón pasa revista de sus huestes victoriosas y vengadoras y grita:

—Batallón de los Hombres Célebres! estoy contento de vosotros. Ahora volved a vuestros puestos respectivos...!

—Los personajes históricos se alinean y van a ocupar dóciles sus puestos.

L. Gaumont

ACTO 3 a 36

(Para los cuadros recomiéndase una visita al Museo de Pintura: abierto de 9 a 4)

Don Canuto está buscando a su empleado, que no halla por ningún lado. Ha rebuscado en su cesta de papeles, en los clasificadores, bajo la estera... Don Picorete ha desaparecido.

—¡Picorete, Picorete! En donde estará metido ese proboscídeo analfabeto e hirtó?

Por fin lo encuentra, incrustado dentro de la cesta, a donde lo había enviado horas atrás de un coscorrón.

Y aquí el público imparcial, sano y robusto, no atacado de alcoholismo, agudo, de enagenación mental o de otra enfermedad vergonzosa podrá hacerse cargo que lo que acaba de presenciar no es ningún cuento ni página alguna de historia retrospectiva sino un sueño, un puro sueño engendrado por la imaginación calenturienta de Don Picorete, nuestro particular y embrutecido amigo.



La Escuela Boulle

Cómo se hace un obrero de arte



Documentaria

La enseñanza técnica profesional ha tomado un impulso considerable estos últimos veinte años.

La fundación de escuelas profesionales—en donde jóvenes aprendices, futuros contra maestros de importantes talleres, van a aprender la técnica razonada de su oficio y los medios de ponerse al corriente de sus perfeccionamientos ulteriores—es hoy en día una necesidad.

La Escuela Boulle prepara a todas las industrias de arte aplicadas al mobiliario.

Recuerda, por su nombre, el ebanista más célebre del siglo de Luis XIV. Andrés Carlos Boulle, descendiente de una familia de carpinteros y de ebanistas, nació en París el 29 Febrero 1732. Recibió una educación artística superior a la de los carpinteros, pues sabía dibujar, modelar, cincelar y grabar. A la edad de cuarenta años, por razón de la experiencia

L. Gaumont

que había adquirido como arquitecto, dorador y cincelador, fué nombrado primer ebanista del Rey.

Los alumnos de la Escuela Boulle reciben primero una instrucción general, que comprende: el dibujo, el modelado, y la acuarela aplicada a motivos de decoración interior,

En la clase de Historia del Arte aprenden a reconocer los diferen



tes estilos de las grandes épocas artísticas, a diferenciarlos, y a apreciar los mejores modelos.

Luego los alumnos elijen una especialidad y comienzan a familiarizarse con todas las herramientas de que habrán de servirse durante su carrera.

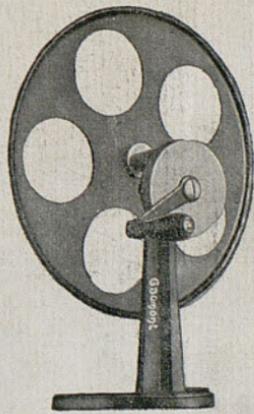
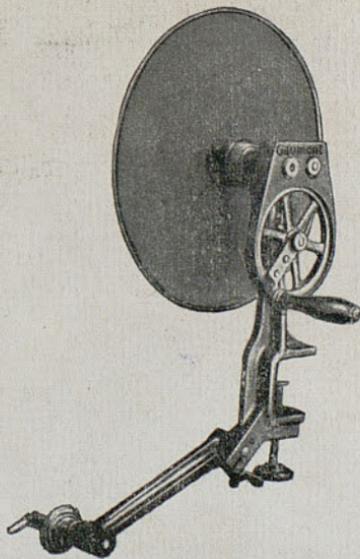
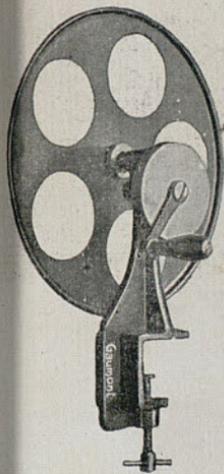
Ante los ojos del público se desenvolverán pues las distintas vistas que componen esta interesante película, mostrando las clases o especialidades de trabajo.

Estas clases tienen lugar en vastos locales, de irreprochable higiene. Practícanse en el jardín de dicha Escuela toda suerte de deportes que hacen a los jóvenes aprendices fuertes, sanos y alegres.

Al final de la película vense algunos trabajos ejecutados por los alumnos de esta Escuela, por los cuales se podrá juzgar de la importancia de esta enseñanza técnica.



Otros modelos de Bobinadores Gaumont





LA INTRUSA